



ALBUM DE SEÑORITAS

CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Agnodice.

No hay arte, no hay ciencia ni ramo alguno de los que forman la escala de los conocimientos humanos, que haya dejado de ser cultivado por la mujer con el mejor éxito. Algunos ejemplos hemos presentado de esta verdad: hoy presentaremos otro bastante notable, sobre el que no debemos anticipar observaciones, sino referir sencillamente la historia de Agnodice, esa célebre ateniense que vivía dos siglos antes de la venida de Jesucristo.

El Areópago de Atenas, tribunal severo é inapelable, prohibió á las mujeres el partear, profesion á que se dedicaban muchas, como ha sucedido siempre, y sucede en nuestros dias.

Mucho incomodó esta disposicion á las matronas atenienses; y considerándola como una ofensa á su pudor, prefirieron muchas la muerte á valerse de los

profesores del arte de curar, autores de la medida citada.

Agnodice, en el lleno entonces de su juventud, apasionada de la medicina, y conmovida por las desgracias de sus compatriotas, tomó una resolución heroica y varonil. Disfrazóse de hombre, y asistió como alumno á la famosa escuela de Hierofilo, de la que bien pronto, merced á su talento y aplicacion, salió consumada parteadora.

Al ir á ejercer un dia su profesion, tuvo que descubrirse para que la pudorosa matrona lo permitiera. Divulgóse el hecho de unas en otras señoras, y al poco tiempo todas se valian de su habilidad.

Envidiosos los médicos de su fortuna, la acusaron calumniándola, y fué citada ante el Areópago, donde tuvo que declarar su sexo para demostrar su inocencia; mas como la ley imponia la pena de muerte á las mujeres que se dedicasen á la profesion, sus émulos reclamaron el cumplimiento de la ley, y fué condenada á perder la vida.

Se hace pública la sentencia, y corren las mujeres tumultuariamente á las puertas de tan respetable tribunal. Reclaman enérgicas contra semejante injusticia.

ticia, quejándose de la dureza y barbarie de los hombres, y alegando que mas bien que sus esposos eran ellos sus verdugos, pues condenaban al suplicio á la única persona que podia libertarles de una muerte cruel, y asegurar el nacimiento de los que habian de ser la esperanza de la patria; pretestando, por último, someterse á la muerte antes que dejarse asistir por hombre alguno.

Revocóse á vista de tan justa y resuelta demanda ley tan cruel, quedando las mujeres de nuevo en libertad de ejercer tal profesion, y saliendo Agnodice en triunfo.

La pericia de Agnodice llegó con el tiempo hasta el grado de conocer la medicina de las pasiones. En prueba de ello cuenta la historia la siguiente anécdota: — «El filósofo Ariston de Chio, enteramente dedicado al estudio, cayó en la manía de creer que tenia fija sobre la nariz una mosca importuna que no podia ahuyentar; pues aunque la espantaba, volvía cien veces á colocarse en el mismo sitio, y se finjia tan perfectamente la tenacidad del insecto, que se ponía furioso y abandonaba muchas veces sus lecturas y profundas meditaciones. Los médicos mas famosos de Atenas habian sido consultados infructuosamente; ninguno sabia curarle de una ilusion tan ridicula; la gloria de aquella curacion estaba reservada para la célebre Agnodice. Un amigo del filósofo la habló sobre tan singular manía, y la interesó eficazmente para que tomase á su cargo desvanecerla. Pasó en efecto á visitarle, y la primera salutación del filósofo fué preguntar al disfrazado médico:

— *Qué ves sobre mi nariz?...*

— *Una mosca*, respondió diestramen-

te Agnodice, convenciéndose de la necesidad de ceder por un momento á la ilusion del enfermo. En seguida afectó meditar sobre tan extraño fenómeno, despues le preguntó con mucho interés acerca de las costumbres de la mosca y de las horas en que mas le importunaba. Ariston seducido por aquel interés y por el exámen prolijo del jóven médico, se entregó con entera satisfaccion al plan que le ordenó bajo el nombre de *preparatorio*. Le hizo algunas visitas mas, y al fin, pasado cierto número de dias, le anunció solemnemente que habia llegado el momento de libertarle de una vez para siempre de las importunidades del terrible insecto. Sacó de su estuche un pequeño cuchillo de forma particular; colocó al filósofo en una posicion conveniente; y despues de otros preparativos estudiados, pasó aquel instrumento ligeramente por su nariz, y al instante le mostró una mosca que llevaba escondida entre los dedos.

— «¡Héla aquí (esclamó Ariston tan pronto como la vió), ella es; bien la conozco; no hay duda, es la misma que me persigue tiempo há: es la misma que me inquieta y estorba en mis estudios!»

Desapareció la ilusion del filósofo, y la imaginaria mosca no volvió mas á importunarle.

Este hecho, solo que fuese, bastaría para la celebridad de Agnodice, si no hallásemos en su vida multitud de sucesos no menos notables, que demuestran la facundia de su imaginacion y su preclaro talento.

A. Pirala.

LITERATURA.

A ELLA.

SONETO.

Feliz con mi humildad y mi pobreza
 Ni la gloria envidié ni los honores,
 Ni pedí á la fortuna sus favores,
 Ni doblé la rodilla á la grandeza;
 No me uní con hipócrita bajeza
 A la turba falaz de aduladores,
 Y presenté del hado á los rigores
 Altanera y erguida la cabeza.

Solo á tu corazon, ángel querido,
 Cuyos encantos por mi mal adoro,
 Amor en cambio de mi amor le pido,

Y aunque de hinojos á tus piés lo imploro,
 Ni te mueve mi fé, ni te han movido
 Mis tristes quejas ni mi amargo lloro.

JUAN A. VIEDMA.

EL ANIMA SOLA.

Novela original de

Doña Beolustiana Armiño de Cuesta.

(Continuacion.)

Mi siempre amada María:

«Me faltan palabras para expresar el sentimiento que me acompaña al dirigirte mi última carta; pero es preciso que así lo haga, aunque no sea mas que para aligerar los remordimientos de tu conciencia.»

«Cinco años me faltan todavía para ser libre, y esto es demasiado esperar para lo que yo puedo ofrecerte despues. Joven y hermosa, no me sorprende que hayas encontrado quien te ame como te amo yo, y te brinde con una subsistencia mas brillante.

He sabido que las necesidades de tu pobre abuela te han obligado á romper la palabra que me tenias dada, aceptando una posición distinguida, de la que conozco eres merecedora. A fin de que puedas disfrutarla sin remordimiento, yo te devuelvo, aunque con dolor, todas tus promesas, sin que en mi corazon se abrigue el menor sentimiento de rencor ni de venganza. Adios, sé feliz y rica, y cuida mucho á la pobre anciana, objeto de nuestra veneracion comun. Dedicá si puedes algun recuerdo á tu amigo, al desgraciado

Antonio.

Esta carta hizo en Azucena el efecto del rayo; enmudeció, empezó á temblar, y aglomerándose en su imaginacion todas las desgracias de aquel dia, la soledad en que se hallaba, y el porvenir desastroso que se extendia á sus ojos, se levantó repentinamente y corrió hácia el Tormes, exclamando con desesperacion:

—Familia! amor! honor! oh!... no!...

Pero en el momento en que dominada por el dolor iba á lanzarse al rio para poner fin á tanto sufrimiento, el sonido melancólico y suave de la campana de Santo Domingo, que sonó á lo lejos, llegó á sus oídos como un llamamiento del cielo.

Azucena se detuvo, y una sacudida nerviosa conmovió todo su ser. La vista de la profunda corriente donde iba á lanzarse la horrorizó, y aflijida, asustada y llorando el llanto amargo del desconsolado, volvió á la ciudad y entró en el convento de Santo Domingo, persuadida de que habia sido llamada allí por la voz de Dios.

Otra tarde, dos años antes, volviendo como ahora del mismo arrabal, habia entrado tambien en el mismo templo; pero entonces tenia casa, donde estaba segura de encontrar á su abuela que la recibiria en sus brazos y enjugaria su llanto. Es verdad que

Antonio se acababa de separar de ella, acaso para siempre, pero el amor y la esperanza le pertenecían. Ahora, qué diferencia! sin casa, sin familia, rechazada de Antonio, y privada hasta de pensar en aquel amor que era la única esperanza de su vida.

Dios era el que no había cambiado para ella; solo él le ofrecía su casa y la llamaba con los brazos abiertos para consolarla.

VIII.

Los primeros serán los últimos.

Al entrar Azucena en la iglesia se encontró con una multitud de gentes, ataviadas como de día de fiesta, y que habían concurrido al sermón que en aquella tarde debía predicarse en aquel sitio.

Avergonzada la pobre jóven de encontrarse en una concurrencia tan numerosa, cuando creyó que hallaría la soledad que tanto apetecía, empleó todos sus esfuerzos para colocarse en lo más retirado y oscuro de toda la iglesia.

La aturdida Azucena no oraba; no pensaba. Su cabeza estaba trastornada, y sus labios se agitaban convulsivamente como si quisiera pronunciar palabras. El sermón principió y concluyó sin apercibirse de ello: la pobre jóven, estenuada de cansancio, de fatiga y hasta de necesidad, pues que desde la madrugada de aquel día no había vuelto á tomar alimento alguno; rendida, como digo, de tanto sufrimiento, sintió que su cerebro empezaba á turbarse, pero ni pudo ni se atrevió á hablar para pedir socorro. Poco á poco los objetos empezaron á perder su forma á su vista errante y vaga, hasta que velados completamente sus ojos, sus párpados languidecieron, y apoyando la cabeza en la fría y desnuda pared quedó sumida en un sueño, que tenía todas las apariencias de una muerte real.

Concluidas todas las ceremonias religiosas, la gente desocupó poco á poco el vasto y sombrío templo, y á los pocos minutos la iglesia quedó completamente desierta. Solo en el espacioso coro se veía una figura noble y severa que permanecía orando con la inmovilidad de una estatua de piedra. Era el prior del convento que rezaba sus últimas oraciones. Otro bulto negro é inmóvil se distinguía bajo el inmenso coro, á la escasa luz que penetraba á través de las enormes columnas del templo; era Azucena que rendida de fatiga y de hambre dormía tranquilamente.

—Padre prior, padre prior! gritó el sacristan, que al registrar la iglesia para cerrar, acababa de percibir aquella figura inmóvil: ¡aquí hay una mujer muerta! muerta! y se santiguaba una y otra vez como para hacer ver su inocencia.

El prior se levantó al instante, entró por los claustros del convento agitando una campanilla, y entró pocos momentos después por la puerta interior del convento que dá á la iglesia acompañado de un lego y de otros dos religiosos con hachones encendidos.

Al ver aquel rostro tan pálido y reclinado dulcemente como si durmiese, el prior no pudo contener una exclamación de lástima.

—¡Pobre jóven! dijo mirándola con interés, acaso el hambre... ¡está tan mal vestida!

—A los primeros socorros que trataron de prodigarla, Azucena abrió los ojos y exhaló un grito de terror al verse rodeada de aquellos seres misteriosos que tanta relación tenían con las fantasmas que habían poblado sus incoherentes ensueños.

—Nada temais, hija mía, la dijo el prior, haciéndola sentar en uno de los bancos inmediatos; soy el prior de este convento y seré vuestro amigo, tranquilizáos.

—¡Ah! señor, balbuceó la pobre muchacha recordando todos los acontecimientos

de aquel día.... soy una infeliz huérfana, abandonada. En nombre de Dios compadecidme, oidme algunos minutos y os bendeciré despues como á mi padre.

Azucena empezó á llorar amargamente.

El prior conoció que la jóven estaba oprimida por algun-pesar profundo; y como verdadero padre espiritual, la colmó de consuelos y la dió valor para soportar sus penas.

Azucena le hizo una relacion exacta de todas sus desgracias, relacion que el bondadoso prior escuchó con el mayor interés.

Aquí teneis, señor, le dijo al fin, entregándole el bolsillo de Salazar, aquí teneis ese oro que por tres veces ha empañado mi pensamiento y ha espuesto mi alma á todos los horrores de una lucha, de la que milagrosamente sali vencedora. Pero me siento débil, muy débil y quiero acabar pronto con este peso que siento en el corazon. Yo os suplico que me acompañeis ahora mismo al palacio de Salazar, donde hablaréis por mí, si las fuerzas me abandonan.

—¿Pero no seria mejor que esperaráis á mañana que estariáis mas tranquila y fuerte para presentaros á él?

¡Oh! no, señor! no quiero que se concluya el día sin que sepa cuanto me pesa mi debilidad; harto me duelen las horas que han pasado ya.

El prior contemplaba admirado aquella alma pura que en el día de la mayor desgracia se olvidaba de todo, para poner en salvo su empañada virtud.

(Se continuará.)

EN LOGROÑO.

Inspiracion.

¡Ahoga, cobarde corazon, el lloro!
no, mas valor, el mundo te demande:
el orgullo en el hombre es un tesoro...
A infortunio mayor, alma mas grande!!

Tronando rueda el huracan sombrío;
sobre tu sien estalla la tormenta;
surcando el rayo el eternal vacío,
vierte en tu faz su ráfaga sangrienta.

—
Todo á tu vista cambia sus colores:
calla en el bosque el céfiro mugiente,
pierden su aroma las pintadas flores
y su murmullo la sonora fuente.

—
Bajo tus piés conmuévase la tierra;
en sus antros, el mar, el sol te esconde;
niégate sombra la empinada sierra
y el hondo averno á tu clamor responde.

—
Retan tu brío á singular combate,
formando horrible funeral compendio,
cuanto á la triste humanidad abate...
La tierra, el mar, el aire y el incendio!

—
Tus ilusiones, que hasta el cielo eleva
en sueños de oro tu inmortal destino,
son yertas flores que al desierto lleva
el Austro ronco en turbio remolino.

—
Cerró su templo el númen de la gloria:
Tras densa nube, su fulgor no alcanza
á darte un nombre de eternal memoria...
Mas aun destella el sol de la *esperanza*!!

—
La tibia luz que arroja en tu camino,
tal vez al puerto de tu dicha guia:
sigue por él impávido tu sino
con ceño audaz y *fiera* bazarria.

—
Fuerza es que al mundo en tu pujanza asom-
[bres:
mas si aun triunfante el huracan retumba,
antes que demandar gracia á los hombres,
busca reposo en la callada tumba!!!

ANTONIO LOZANO.

VIAJES.

DEVA 21 de julio de 1853.

Sr. Director del ALBUM DE SEÑORITAS.

La moda en unos, y la necesidad en otros, pone en movimiento á millares de personas de casi todas las capitales de España, en cuanto el Estío deja sentir su abrasadora influencia.

Cuantos sitios ofrecen recreo y frescura se ven invadidos. Recórranse ahora el Escorial, la Granja, todos los puertos de mar, y se les verá con la animación de que carecen en el resto del año. Ejemplo palpitante es el punto en que me hallo, amigo mío. En el invierno están cerradas y sin habitantes la mayor parte de las casas, disminuido el comercio, y en todas partes reina el silencio, y se vé estampado el sello de la tristeza.

En el verano todo cambia de aspecto. Todas las casas se pueblan de deseados forasteros, se abren nuevas tiendas, pululan infinitos vendedores por las calles, impera la animación, la alegría, y hasta el cielo que se mostrara velado de pardas nubes, contribuye ahora á la nueva vida ostentando su astro vivificador. Así como la naturaleza revive y sonríe en la Primavera, así lo hace este pueblo y otros muchos, y se alegran con la venida del verano.

Deva, como todos los puertos del país Vascongado, tiene la ventaja de que sus campos y montañas están cubiertas de continuo de ese magnífico verdor que recrea la vista y alegra el ánimo: aquí nunca se ven agostadas las plantas, ni se sienten estivales ardores; y la tierra repitiendo sus frutos, y el clima no interrumpiendo su primavera, hacen de este país un bello Eden en el verano. Así que, cuando después de atravesar las estériles y tristes llanuras de Castilla, se llega á la fértil llanada de Alava, y se empieza á ascender la siempre verde y pintoresca

sierra de Arlaban, donde en cada piedra y en cada árbol hay un recuerdo histórico de nuestra pasada y sangrienta lucha civil, se cree uno trasportado á otras regiones.

Desde entonces se ofrecen al viajero panoramas pintorescos, cuadros tan amenos como los que presenta la bajada de Salinas, comparables con los mejores de la Suiza, y los que de continuo nos brinda el camino de Deva, que siguiendo el curso del río de su nombre, se le vé enriquecer su caudal con los infinitos manantiales de las montañas que á ambas márgenes le circundan, y lamiendo siempre el camino á uno ú otro lado, parece que trata de distraer al caminante presentándole aquí una rápida corriente, allí un curso serpenteoso, y á cada instante magníficas y espumosas cascadas, acompañando siempre su marcha con ese ruido apacible de una corriente inquieta y bulliciosa.

Tal camino he traído hasta Deva. Pero antes de llegar á este punto, paré en Arechavaleta, en cuyo establecimiento ya no cabían los bañistas, que tenían que hospedarse en las casas de afuera.

Si citara los nombres de las personas que allí ví, tendria que escribir un centenar de ellos, y los conocería Vd. á todos. Baste decir que allí están dignamente representadas todas las clases de la sociedad, y que sobresale la hermosura. Así hay en aquel estrecho recinto una sociedad tan animada, tan envidiable; así se prolongan las comidas, que las hace mas sabrosas la oportunidad de graciosas conversaciones, de picantes, pero delicados dichos, y la candidez de algun pobrete que suele hacer el gasto en estas reuniones.

Hasta Deva solo se encuentra otro establecimiento de baños, el de Alzola, que por la naturaleza de sus aguas es mas propio de personas mayores que de jóvenes; así que, ni hay de estas ni señoras; solo habia dos ó tres que servían de acompañantes. La vida allí es monótona y triste: la sociedad grave.

Al humor hipocondriaco que produce la enfermedad de los que toman las aguas de Alzola, se añade el carácter que suele predominar en los bañistas. Gentes de negocios, acostumbrados á pasar muchas horas sobre el bufete, hablan mas de combinaciones mercantiles y de política, que de lo que sirve de recreo en la sociedad. Por distraccion, se acercan los bañistas á Deva algunas veces, y se dedican muchas á pescar en la ría.

Llegamos, pues, á Deva, amigo mio, pero se va haciendo ya larga esta carta y hablaré de dejar para la siguiente el hablarle de este punto, del que hay algo que decir. En el intervalo de una á otra se va poblando esto de forasteros, pues todos los dias vienen llenas las diligencias, y hay dia de siete carruajes.

No terminaré sin decirle, que hasta ayer no hemos visto el cielo sereno, y que aun hace fresco por aquí.

A. P.

VARIEDADES.

De la Música.

Lacepide dice, tratando de la Música, que es muy probable tuviese origen en las primeras pasiones y los fenómenos de la naturaleza; añadiendo Lesuer, que no existiendo todavía dialecto organizado, espresarían los hombres sus sensaciones por medio de gritos y de sonidos. Sea de esto lo que quiera, yo repetiré siempre, que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu, segun espresion del gran Cervantes.

En Oriente y Occidente se propagó con rapidez la música; pero la invasion de los bárbaros puso en suspenso los progresos que iba haciendo. Vino por fin el siglo XVI, y los célebres *Gudimel* y *Palestrina*, ve-

rificaron en ella una asombrosa y benéfica revolucion, á la cual contribuyó con posterioridad *Monteverde*, fundador del elemento de la música moderna. ¿Qué maestro de este arte encantador, no saludará con respeto y admiracion los nombres de los reconocidos como autores clásicos, *Marcelo*, *Leo Pergotese*, *Haydn*, *Mozart*, *Herald* y *Buthoven*, y depondrá asimismo ante las profundas composiciones de éstos, el orgullo y soberbia que le llegáran á crear las suyas raquíticas, en comparacion de aquellas?

El inmortal *Rossini* hizo comprender con sus famosas obras á las naciones de Europa, cuán merecedora era la música de tener dignamente acogida en los teatros. Y como el entusiasmo melomano subiese de punto con la aparicion del *Trancredi*, se aumentó mas con la de las óperas *La Italiana en Argel*, primera de éstas representada en Madrid el año 1816, *El Barbero de Sevilla*, *Semirámide*, *Mosé*, *Il Crociato*, y demas, en que lucieron sus magnificas cualidades de cantantes la *Cesari*, *Albini*, *Tossi* y *Lalande*, igualmente que *Piermarini*, *Galli*, *Passini* y *Trezzini*, sin contar algunos otros que no recordamos ahora.

En extremo injustos seríamos, si no citáramos aquí á *Bellini*, *Auber*, *Meyer-ber*, y *Donizzetti*, para alabar á porfía sus producciones sublimes, *La Norma*, *Mutta di Porticci*, *Roberto il Diavolo*, *Lucia di Lammermoor*, y finalmente, *Luisa Millier*, del génio moderno, del simpático *Verdi*.

Réstanos para terminar este artículo, indicar algo sobre los cantos populares. En el dia (y creo que siempre haya sucedido lo mismo), ninguna nacion puede vanagloriarse de poseer mas aires nacionales que la España. En Venecia tienen sus preciosas *barcarolas*; en Suiza el *ranz de vaches*; en Polonia la *Dumka* y la *Polonesa*; en Inglaterra el

God save the king; en Francia (donde se oye mas variedad de tonadas), sobresalen las de *Vive Henrri IV*, *Charmante Gabrielle* y la *Marsellesa*; pero en España hay *seguidillas*, *jota aragonesa*, *zorricos*, *rondallas valencianas*, *muñeira*, y *danza prima asturiana y gallega*, *habas verdes*, *bolero*, *fandango*, *cachucha* y *cañita*, cuyos giros espresan mas ó menos el carácter del pais á que pertenecen.

¡Oh, música! yo te consagro este pequeño tributo de admiracion; y al verificarlo así, no hago sino compensar con mis justos elogios, los mas bellos instantes de mi vida, que te debo.

Enrique del Castillo y Alba.

MODAS.

París, Lóndres, Madrid, no son ya en esta estacion la residencia esclusiva de la Moda. Esta amable coqueta, á quien rendis comunmente vasallaje, lectoras mias, hoy obedece ciegamente vuestro capricho, y se estiende con vosotras del centro á la circunferencia; es decir, la Moda viaja. Dejando á un lado por pocas horas su almidonada falda, demasiado hueca para el corto espacio que permite un asiento de diligencia, corre con vosotras por esos caminos en direccion del mar, el campo, los baños ó la quinta. Entre sus trajes, cuidadosamente empaquetados, figuran los de tafetan con volantes de dibujos tejidos ó brochados; los de barés liso ó floreado, con volantes á disposicion; los de popelina para los dias nublados ó frios; y los blancos para los bailes y reuniones.

Como la vida de las bañistas presenta á todas las horas del dia ocasiones de lucir el buen gusto, no se ha olvidado la Moda de la bata, ó traje de mañana, que si en la vida normal puede ser un poco descuidado, adquiere tambien importancia en estas escursiones, en las que hay precision de estar siempre visible. El fular es una de las telas mas á propósito para esta clase de vestidos, alternando con la muselina estampada. En las horas de excesivo calor es cuando se co-

noce lo útil y cómodo de estas telas tan ligeras como graciosas.

La manteleta de tafetan para el buen tiempo, y de terciopelo para las tardes frescas, compone tambien parte de su equipaje. El color negro, que es el de moda siempre en estos abrigos, está mas en su lugar para estos parajes, en los que el aire y el sol lo deslucen todo.

En cuanto á sombreros los de blonda negra, con flores, que animen lo severo de este color, reunen el buen gusto á la duracion: los de esta clase podrán hacer con vosotras toda la campaña de verano, mientras que los de otro color, ajados y descoloridos al poco tiempo, harian parecer marchitas las rosas de qué habrá cubierto vuestras lindas mejillas la suave brisa de climas mas frescos.

Aurora.

Explicacion del pliego de dibujos.

Núm. 1. *Paletó* para niño de tres años.

Este vestidito de piqué blanco, abuecando un poco por el contorno de la espalda, debe caer recto por delante: sus guarniciones de muselina bñrdada á la inglesa.

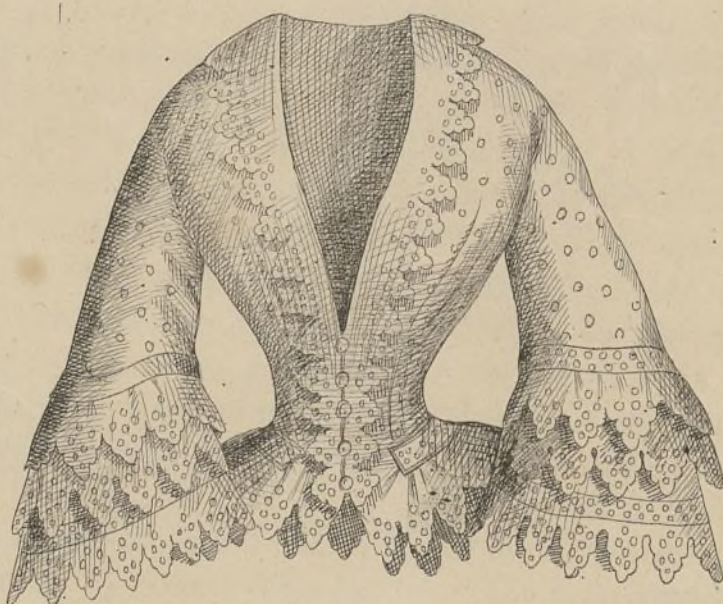
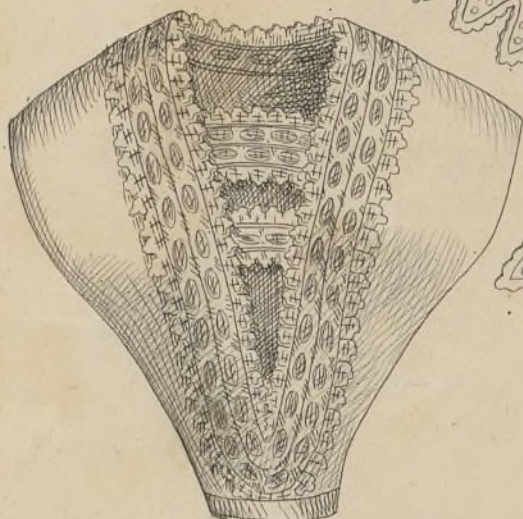
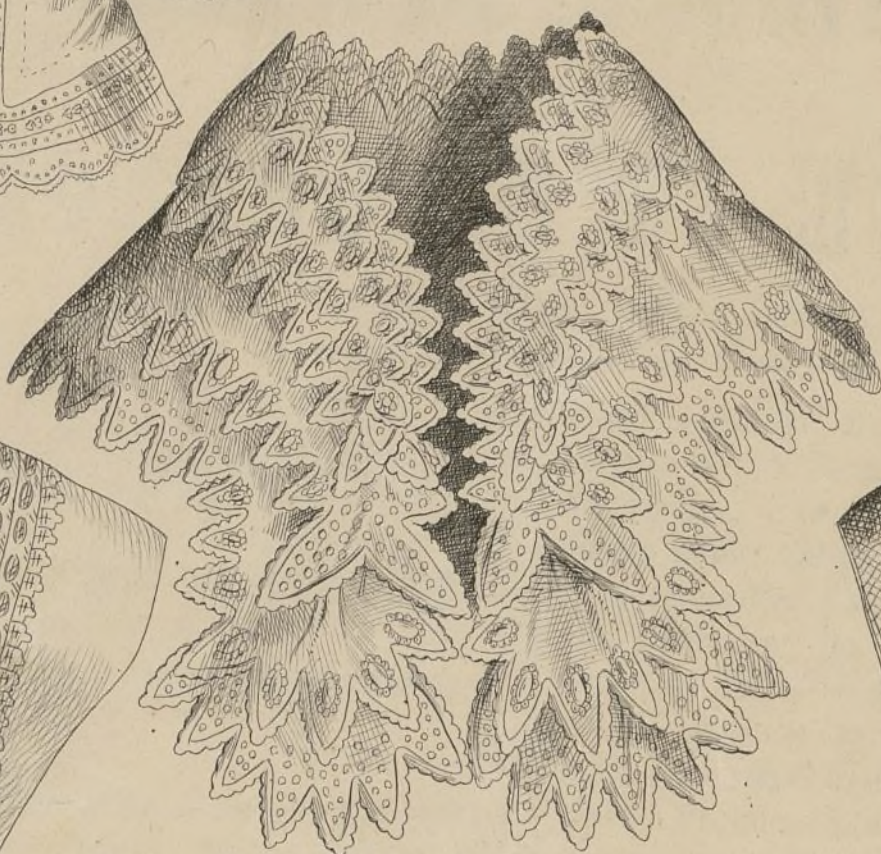
Núm. 2. *Manteleta* para niña de diez años. Este lindo adorno puede hacerse en muselina ó en reps blanco: se guarnece de tiras de muselina bordadas al pasado ó á la inglesa.

Núm. 3 y 5. *Camisetas* de diferente corte con guarniciones bordadas al pasado y á la inglesa.

Núm. 4. *Fichú* de muselina ricamente bordado, y á propósito para llevarse con vestido escotado.

Núm. 6 y 8. Modelos de mangas blancas, con guarniciones de encaje ó bordadas.

Núm. 7. *Fichú* á la *Chevreuse*, con aldeta y mangas. Este adorno, entreabierto en forma de corazon, y sujeto con botones de nácar, debe hacerse de piqué fino: bajo de cintura, y muy entallado, termina en una guarnicion, que forma aldeta, y es correspondiente á la que adorna el pecho y mangas.



ALBUM DE SEÑORITAS Y CORRIO DE LA MODA

Concepcion Geronima n.º 1 Litografia de Castelló

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

Nº 28 Julio de 1853

HERMOTECOA
MUNICIPAL
MADRID

